

Elena Gallego Abaroa*

LA INCORPORACIÓN DE LAS MUJERES A LA ECONOMÍA POLÍTICA EN LOS ALBORES DEL SIGLO XIX: JANE MARCET, HARRIET MARTINEAU, MILLICENT GARRETT FAWCETT Y HARRIET TAYLOR MILL

La economía política clásica estaba conformada por un elenco de autores que, con sus obras, sistematizaron las leyes del progreso económico del modelo capitalista. Si el Siglo XIX fue determinante en el avance de la teoría económica, y los estudiosos de la economía política recapacitaban sobre los mecanismos favorecedores del crecimiento industrial y comercial, era importante la difusión de las leyes económicas entre la población en general. Las mujeres economistas advirtieron el alcance de difundir los principios económicos a la sociedad. En sus publicaciones señalaron las ventajas económicas derivadas de la confluencia de los intereses entre capitalistas y trabajadores. En este artículo se presentan cuatro autoras destacadas: Jane Marcet, Harriet Martineau, Millicent Garrett Fawcett y Harriet Taylor Mill.

Palabras clave: economía, mujeres economistas, progreso económico y social.

Clasificación JEL: B12, B15 y B31.

1. Introducción

Sabido es que las mujeres occidentales no pudieron formarse en las universidades hasta bien entrado el Siglo XIX. Su difícil incorporación académica se produjo lentamente, como consecuencia de unos prejuicios sociales que perseguían el objetivo de mantener-

las alejadas de las profesiones liberales y aislarlas dentro del entorno familiar. No obstante, en el campo de la economía política las mujeres se adelantaron unas décadas con respecto a lo que estaba ocurriendo en otras áreas de conocimiento, porque algunas emprendedoras, autodidactas en economía, comenzaron a escribir libros de economía política y a venderlos copiosamente. El advenimiento de las primeras autoras de textos económicos a los círculos de difusión del conocimiento científico se produjo en los albores del Siglo XIX.

* Departamento de Historia e Instituciones Económicas I. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad Complutense de Madrid.

Las cuatro autoras que se analizan en este capítulo son Jane Marcet, Harriet Martineau, Millicent Garrett Fawcett y Harriet Taylor Mill. Las tres primeras tienen una vasta obra de libros publicados y, como era habitual entre los intelectuales del XIX, sus conocimientos abarcaban muy variados campos de investigación. Marcet deslumbró con su primer libro dedicado al estudio de la química, al que le siguió otro volumen, de gran impacto social, sobre economía política. La serie de sus publicaciones continuaron con varios compendios sobre, biología, física y religión. Martineau destacó por sus escritos sobre economía política; en especial fue sobresaliente su famosa colección de veinticinco novelas económicas, dedicadas a distraer a sus lectores con relatos en los que se desmenuzaban el lenguaje y los conceptos técnicos mercantiles. También escribió sobre sociología, historia, antropología y viajes. Garrett Fawcett se ocupó de acercar los principios económicos a los adolescentes y, entre otras obras, destacó especialmente por la creación de su manual de economía política escrito con dicho fin. Esta autora fue además una renombrada dirigente sufragista y atenta estudiosa de las cuestiones laborales de las mujeres del XIX. Era consciente de la importancia que tenía relacionar la incorporación laboral de las mujeres con su independencia económica, aunadas ambas posiciones en el avance de los derechos políticos y sociales de las mismas.

El caso de Harriet Taylor Mill es diferente del resto de las escritoras citadas anteriormente. Esta autora ha legado muy poca obra escrita. Su figura es más conocida por la influencia que ejerció sobre el pensamiento de John Stuart Mill, en especial el alcance de las reflexiones que ambos dirigieron hacia dos ámbitos económicos concretos: la incorporación de las mujeres a la oferta de trabajo remunerado, y la introducción en el modelo capitalista de un objetivo social consistente en favorecer la distribución de las rentas, con el propósito de elevar el nivel de vida de la clase trabajadora.

No es casual que las cuatro autoras estuvieran empujadas dentro del mercado editorial británico, porque Gran Bretaña había iniciado la ola del desarrollo indus-

trial y era el foco que irradiaba un pensamiento económico, en expansión, hacia el resto de países seguidores de su estela industrializadora. En el Siglo XIX se produjo el magma intelectual que configurará el origen del ideario metodológico de la teoría económica moderna.

El desarrollo industrial británico se originaba bajo las coordenadas del modelo capitalista, esto es: sistema de propiedad privada y de iniciativa privada de los negocios; continuidad en el tiempo de los estímulos mercantiles basados en la libre inversión y en los deseos expansionistas de los empresarios y de los terratenientes; división del trabajo como actividad favorecedora de la especialización de la mano de obra, y determinación de los precios según las condiciones marcadas por el juego de la oferta y de la demanda. Además, hay que considerar dos ventajas añadidas que se producían en el seno del modelo capitalista: un marco institucional dinámico y el estímulo al progreso tecnológico productivo.

2. La economía política como disciplina científica

La explosión industrial y comercial de la sociedad británica demostraba la pujanza de una complejidad productiva eficiente que trascendía las fronteras geográficas y aminoraba las distancias políticas. En el proceso se afianzaban las relaciones comerciales terrestres, fluviales, marítimas y transoceánicas. El entramado productivo industrial en expansión estaba captando el interés de los primeros estudiosos de las ciencias sociales, con el propósito de analizar el comportamiento humano que sistematizaba las leyes de las relaciones mercantiles. La cabecera del nuevo cuerpo teórico la había construido el dieciochesco filósofo moral Adam Smith, al que le siguieron destacados pensadores y estudiosos de la teoría económica que se estaba difundiendo desde Londres hacia el resto del mundo. Dos mujeres fueron prontas en avistar la fuerza de la obra smithiana. Priscilla Wakefield (1751-1832), y Sophie de Grouchy, marquesa de Condorcet (1762-1822). Wakefield publicó, en 1798, *Reflections on the Present Conditions of the Female Sex, with Suggestions for its Improvement*. En dicha

obra le recriminaba a Smith la exclusión que había hecho de las actividades económicas de las mujeres, invisibles en la *Riqueza de las naciones* (1776). Sophie de Grouchy tradujo al francés, en 1798, la *Teoría de los sentimientos morales* (1759) de Smith. (Dimand, Dimand, Forget, 2000, xviii).

La estela de los economistas seguidores, continuadores o críticos de la obra de Adam Smith, estuvo conformada tanto por hombres como por mujeres ilustres, todos ellos atañidos en atraer la atención de aquellas personas que estaban interesadas en la evolución económica. Entre las figuras masculinas más reputadas concurrían nombres tan conocidos como David Ricardo, Jean Batiste Say, Thomas Robert Malthus, John Stuart Mill, Robert Torrens, John R. McCulloch y Karl Marx. A cualquiera de estos magistrales economistas le siguieron muchos otros estudiosos de diferentes escuelas de pensamiento. Con sus reflexiones y sus publicaciones fueron conformando las dimensiones de la ciencia económica, y se ensanchaban sucesivamente los modelos aceptados dentro de cada grupo doctrinario. Junto a los nombres célebres masculinos hay que colocar los nombres de las conspicuas femeninas, que, por alguna misteriosa razón, la *mano visible* de la historia las ha tenido injustamente ensombrecidas. Entre ellas se pueden reseñar varias de las autoras que se asoman en este monográfico dedicado a las mujeres economistas: Jane Marcet, Harriet Martineau, Millicent Garrett Fawcett, Harriet Taylor, Beatrice Webb y Rosa Luxemburgo. Las seis autoras contribuyeron, con sus publicaciones, a engrandecer el acervo intelectual de los economistas de la historia del pensamiento económico.

El estudio de la economía como disciplina científica integrada en una parte de los programas universitarios se produjo en Inglaterra a partir de 1797. En sus orígenes el estudio de la economía estaba poco articulado y resultaba deslavazado, adquiriendo los estudiantes unos conocimientos incompletos de lecciones separadas, con aspectos concretos sobre la producción y el comercio pero sin una comprensión sistemática de las leyes de la producción y del intercambio comercial. Para avanzar en el

estudio de la economía política, los británicos crearon en la universidad de Oxford la primera cátedra de estudios específicamente dedicados a dicha disciplina científica en el año 1825. La denominaron cátedra Drummond, cargo que fue ocupado inicialmente por el economista Nassau W. Senior (1790-1864). En realidad, la economía era una doctrina joven y poco conocida, salvo por un grupo muy limitado de estudiosos. En 1827 fue la universidad de Londres la que decidió seguir la iniciativa de Oxford, creando otra cátedra dedicada en exclusiva a los estudios de la economía (Winch, 1983, página 539).

En este proceso de progreso metodológico de los modelos era necesario que algunos autores abrieran las puertas de la ilustración económica a la sociedad, para que toda la población pudiera desarrollar el interés en conocer una materia de estudio que estaba acompañando las explicaciones de lo que acontecía en los talleres, en las fábricas, en la organización productiva, en los cambios de la estructura poblacional y en el crecimiento de las ciudades. En definitiva, un conjunto de aspectos que unificados precipitaban el desarrollo de los Estados. Precisamente, esa fue la tarea que acometieron las mujeres economistas: abrir la puerta del conocimiento económico a todas las personas que estuvieran interesadas en su comprensión.

Los libros de economía de Jane Marcet, Harriet Martineau y Millicent Garrett Fawcett agrupaban sus explicaciones teóricas dentro del sistema metodológico de la escuela clásica británica. La economía política era una ciencia conocida para ellas, y avistaron la importancia que tenía su entendimiento para favorecer el impulso del crecimiento de las regiones. La forma más eficiente para conseguirlo era la concentración de los esfuerzos de todos los agentes productivos: capitalistas y trabajadores. Harriet Taylor no puso el acento en el desarrollo y el conocimiento de las leyes económicas. Esta autora utilizaba las leyes mercantiles para ajustar sus propios razonamientos, que giraban alrededor de la igualdad de derechos y de obligaciones para toda la sociedad, sin distinciones estamentales por razón de sexo, raza, trabajo o categoría social (Gallego, 2007, páginas 17 y 74).

3. Jane Marcet y su obra, 1769-1858

Jane Marcet era de origen londinense y autodidáctica en su formación económica. Perteneció a una adinerada familia de banqueros. Su aproximación a una vida semi-profesional se iniciaba después de contraer matrimonio con John Gaspar Marcet, médico de profesión y conocedor de las técnicas farmacéuticas, imprescindibles en aquella época para disponer de los compuestos medicinales adecuados al tratamiento de los enfermos. Con el deseo de mejorar su formación química, Jane Marcet requirió los servicios de un destacado científico, Humphrey Davy¹. El matrimonio disponía de un laboratorio en su propio domicilio, y era frecuente que ejercitaran juntos con los experimentos medicinales. Amparada por el editor Longman, decidió publicar un manual dirigido a la formación escolar de los adolescentes que recogiera los principios básicos de la química. En el año 1806 apareció la primera edición de sus *Conversaciones sobre química*. El libro incluía aclaraciones de las exposiciones teóricas con grabados que representaban algunos de los experimentos y de los utensilios que se indicaban en el texto. El reputado electroquímico Michael Faraday había sido uno de los jóvenes lectores del libro, al que calificaba, en su madurez, como el «primer profesor» de su célebre carrera investigadora (Polkinghorn, 2000, página 281).

Curiosamente, en la portada del libro no figuraba estampado el nombre de su autora, pero el ejemplar tuvo una acogida exitosa y se sucedieron 16 impresiones del mismo, con miles de ejemplares vendidos a lo largo de varias décadas. Aunque el nombre de Marcet no apareciera en la portada del libro, sin duda por los prejuicios sociales de que una mujer se atreviera a profundizar en una compleja materia científica, fue conocida y reconocida su maestría pedagógica. En la decimotercera edi-

ción de 1837 figuró, por primera vez, el nombre de Marcet grabado en el frontis del ejemplar. No obstante, el prestigio que había alcanzado la obra fue de tal calibre que a medida que iba componiendo otros libros, de materias muy diversas, se especificaba como gancho editorial que era otra obra de «el autor de las *Conversaciones sobre química*».

Marcet eligió la conversación pedagógica entre varios personajes ficticios para transmitir erudición a sus lectores. Esta forma de enseñanza persistiría en varias de sus publicaciones didácticas, precisamente porque tenía la ventaja de permitirle avanzar deteniéndose en los apartados más complejos, dilatándose las explicaciones pertinentes de cada capítulo. Los personajes principales de sus obras eran la educadora señora Bryant, que normalmente apodaba señora B., y dos jovencitas deseosas de adquirir instrucción: Caroline y Emily.

El segundo libro que escribió dicha autora fue *Conversaciones sobre economía política*, editado en Londres en el año 1816. Entre los motivos que pudieron influir a Marcet para ampliar su repertorio editorial hacia los principios económicos, estuvo seguramente el *debate bullionista* que se originaba en Gran Bretaña al comienzo del Siglo XIX, coincidiendo con la terminación de las guerras napoleónicas. La cuestión debatida hacía referencia a la necesidad de recuperar el patrón oro para estabilizar los precios. La regla de emisión de dinero, que había sido abandonada durante los años de la guerra para proporcionar liquidez al Estado, había que recobrarla de nuevo para fortalecer a la economía nacional. Esta decisión de rescatar el patrón oro estaba vinculada a las decisiones del Banco de Inglaterra como banco de emisión de dinero papel. Era importante para el sistema financiero británico que la cantidad de billetes en circulación estuviera ligada adecuadamente a las reservas de oro de dicha institución².

¹ Humphry Davy fue un eminente científico británico, dedicado a la electroquímica. Fue mentor de Michael Faraday y presidente de la Royal Society londinense en el año 1820. Entre sus logros profesionales se contaba con la lámpara Davy, de gran utilidad para iluminar el interior de las minas.

² Una detallada explicación sobre el «debate del bullion» se encuentra en las páginas del libro de D. P. O'BRIEN (1989), *Los economistas clásicos*, páginas 208-215.

Conversaciones sobre economía política se difundió rápidamente entre las clases media y alta. Fue editado en 14 ocasiones y traducido al francés y al alemán. En el prefacio del libro explicaba su autora que era una obra dirigida a los lectores jóvenes, de ambos sexos, para mostrarles que la economía política estaba conectada directamente con la felicidad y con el progreso de la humanidad. Como ciencia restringida que era, resultaba importante, en su opinión, hacerla popular para captar la atención de su estudio. Los principios que se mostraban en la obra habían sido tomados especialmente de los tratados de Adam Smith, Thomas R. Malthus, Jean B. Say y Jean-Charles L. Sismonde de Sismondi, sobre los que se hacían las referencias teóricas (Marcet, 1816, V-IX). La primera edición contaba con un total de 449 páginas, divididas en 21 capítulos.

Marcet estaba familiarizada con los enunciados clásicos referidos a la *teoría de la población malthusiana* y al concepto de *estado estacionario* de David Ricardo. Ambos representativos de visiones pesimistas en el potencial productivo de la sociedad británica. La *teoría de la población* por el supuesto que hacía de crecimiento desmedido en la reproducción familiar de los agricultores, con familias muy numerosas y sin planificación alguna. Esta situación forzaba la caída de las rentas familiares de los trabajadores hasta el nivel de subsistencia, y les condenaba a una vida desdichada. El *estado estacionario* concebía teóricamente un tope productivo a medida que se fueran agotando las oportunidades de inversiones rentables en un país, dados los recursos y la tecnología disponible en cada momento histórico. Este límite al crecimiento económico vaticinaba, en el futuro, el estancamiento de la producción nacional. Sin embargo, la interpretación que la autora daba a las posibilidades de la expansión industrializadora británica era más optimista, y confiaba en la creatividad dinámica de la sociedad inglesa (Marcet, 1816, página 199).

En relación al método de determinación de los precios de las mercancías, Marcet aceptaba la explicación de sus contemporáneos, que provenían principalmente de las disquisiciones de Adam Smith, según las cuales el

valor de mercado de los bienes venía determinado, fundamentalmente, por su coste de producción. No obstante, Marcet acompañó la explicación smithiana con la consideración añadida de la valoración subjetiva que hacían los consumidores de los bienes, porque las personas valoran las cosas que compran y consumen de muy distintas maneras, según los gustos de cada cual. Es decir, que el valor de las mercancías venía determinado también según la utilidad que tuvieran para cada individuo (Marcet, 1816, página 275). Este razonamiento se puede considerar ciertamente moderno, porque se juntaban en la explicación todos los agentes implicados en el mercado: la oferta (coste de la producción de los bienes) y la demanda (valoración subjetiva de la utilidad de los bienes). El precio resultaba de la interacción de productores y consumidores (Gallego, 2005, página 7).

Otro mérito destacado del libro fue la indicación que hizo, en el capítulo XII, de la *Ley de los rendimientos decrecientes de la producción* (Marcet, 1816, página 204). Un aspecto éste interesante y novedoso por la fecha de la publicación del libro, 1816. Sobre esta cuestión, Joseph Schumpeter comentaba que «la cosa es significativa y aumenta considerablemente el interés del libro de Marcet» (Schumpeter, 1994, página 537).

Las *Conversaciones de economía política* interesaron a Thomas R. Malthus y a David Ricardo. Ambos economistas resaltaron la coherencia de su contenido teórico y la precisión de la terminología técnica analizada. Igualmente, repararon los dos clásicos en la trascendencia que tuvo acercar a la población la comprensión de las leyes de la economía política. El economista francés Jean B. Say celebró el trabajo de Marcet, sobre la que apuntó que «había sido la única mujer que había escrito sobre economía política, y se mostraba superior en sus conocimientos a muchos hombres» (Polkinghorn, 2000, página 283).

En 1833 Marcet escribió *Las nociones de economía política de John Hopkins*. Esta obra estaba orientada a instruir en los principios económicos a la clase trabajadora. El libro tuvo buena acogida y también fue editado en varias ocasiones, aunque su éxito no fue comparable

con la obra inmediatamente anterior. *John Hopkins* era un humilde agricultor, cabeza de una familia de 16 hijos que podía representar al trabajador corriente de la primera mitad del Siglo XIX. Dos mensajes emergían en este libro: los beneficios productivos derivados de la confluencia de los intereses económicos entre los capitalistas y los trabajadores, y la necesidad de controlar el tamaño de las familias para mejorar el estándar de la vida familiar.

4. Harriet Martineau y su obra, 1802-1876

Harriet Martineau nació en Norwich, Inglaterra, en el seno de una familia perteneciente a la iglesia unitaria³. Su padre, Thomas Martineau, fue un próspero hombre de negocios dedicado a la manufactura de ropas, con mala fortuna porque en el año 1829 la empresa familiar quebró como consecuencia de la crisis económica inglesa de 1825. Harriet Martineau era sorda desde los 12 años de edad. Esta discapacidad auditiva resultó ser el origen de un gran coraje de superación personal. Precisamente, la combinación de estas dos experiencias vitales determinó el posterior desenvolvimiento de su lucrativa profesión de escritora.

Las cuestiones referentes a la economía política habían captado tempranamente su atención. Ya en 1827 había publicado dos panfletos divulgativos sobre la industrialización y el «problema de la maquinaria». El primero titulado *Los alborotadores; o, un relato de los malos tiempos*, y el segundo titulado *El comienzo, o la paciencia de la mejor política*; en ambos se deliberaba sobre la futilidad de las huelgas. Por estos y otros trabajos parecidos recibía una libra como pago a sus reflexiones. Martineau conoció y admiró la obra de Jane Marcet, y le contaba en una carta fechada en octubre de

1832 que había leído su libro «una y otra vez, con deleite, durante el año en el que el libro había caído entre sus manos». Y, como a Jane Marcet, le sedujo la idea de escribir sobre la economía política para orientar a la ciudadana en sintonía con la evolución del desarrollo industrial. La doctrina económica que utilizó en sus novelas era la que estaba recogida en las obras de Adam Smith y de James Mill. El editor del *Monthly Repository*, William J. Fox, fue el que la puso en contacto con su hermano, Charles Fox, que finalmente editó la colección de libros (Gallego, 2006, página 256).

La primera obra de la compilación se tituló *Vida en territorio salvaje (Life in the Wilds. A Tale)*, en la que relataba las peripecias de una colonia inglesa. En este primer libro destacaba el origen de los procesos de producción, desarrollados gracias a la especialización de la mano de obra, y que por tanto requerían de la división del trabajo. Al hilo de la narración se promovía la organización de la producción en fases y el posterior intercambio de las mercancías. La última novela de la colección, *La moraleja de muchas fábulas (The Moral of Many Fables)*, recogía un compendio de argumentos sobre la potencialidad del crecimiento económico de la economía británica. Resaltaba, especialmente en este libro, la eficacia del avance tecnológico y del desarrollo comercial para encauzar a las economías nacionales en la senda del progreso económico y social (Gallego, 2005, páginas 11 y 12).

Antes de comenzar la historia de ficción de cada libro, Martineau presentaba un conjunto de conceptos básicos de contenido económico para evitar confusiones terminológicas con el lenguaje técnico mercantil de cada novela. Por ejemplo, al comienzo de *Vida en territorio salvaje* definía el concepto de riqueza de un país y cómo podía aumentarse con el paso del tiempo. Para Martineau, y para los economistas clásicos, la riqueza material consistía en la producción de los bienes de consumo, que podría acrecentarse a través de dos vías: mediante la elevación de la productividad del trabajo o con el aumento del número de trabajadores en activo.

³ Iglesia de raíces protestantes que rechaza la existencia del infierno, el ser humano está predestinado a la salvación. Niegan la idea de la Santa Trinidad y es una comunidad muy amplia y tolerante con sus feligreses. En la tradición unitaria estuvieron también Mary Wollstonecraft y Harriet Taylor Mill.

Una vez definidos los conceptos económicos básicos que servían de armazón a la historia novelada, comenzaba el relato. En el caso de su primera novela, la ficción se desarrollaba en una colonia inglesa ubicada en las tierras cálidas y fértiles de Sudáfrica, cerca del Cabo de Buena Esperanza, con unos habitantes laboriosos y frugales, como correspondía a la sociedad británica del Siglo XIX. Estaban bien organizados en la producción de suministros y eran precavidos con respecto a los riesgos inherentes a la naturaleza salvaje que les rodeaba. Lamentablemente, la convivencia quedaba violentamente truncada, y la colonia arrasada, tras padecer un ataque de una tribu bosquimana⁴. En un día se había pasado del disfrute de una vida próspera a una situación de atraso económico absoluto, todo había quedado devastado y algunos colonos habían perecido en la embestida.

El inicial desconcierto de la colonia se va superando poco a poco, con esfuerzo, mediante una óptima ordenación productiva. En realidad el relato era el método pedagógico elegido para mostrar las ventajas de la organización capitalista de Inglaterra, y resultaba mucho más sencillo hacerlo sobre una sociedad rudimentaria, con pocas actividades económicas, que sobre un sistema complejo de mercados interconectados, como ocurría realmente en las islas británicas. La estructura de la novela se ajustaba a la forma de un manual de economía política del modelo clásico (Gallego, 2007, página 37).

Vida en territorio salvaje era una novela de aventuras y esclarecedora del sistema productivo industrial. El editor del libro había acordado distribuir 500 ejemplares para tantear el mercado, y a la semana de aparecer el libro, tuvieron que imprimir hasta 5.000 copias para satisfacer la demanda del mismo. No cabe duda que la población británica estaba receptiva en querer conocer mejor los entresijos del capitalismo. Había optimismo, confluencia de intereses entre los propietarios y los tra-

bajadores, y ganas de prosperar en el tiempo. La forma de conseguirlo era afrontar el esfuerzo del trabajo y el riesgo empresarial. En general, las novelas de Martineau resaltaban las ventajas económicas y sociales derivadas de la organización productiva del capitalismo británico.

5. Millicent Garrett Fawcett y su obra, 1847-1929

Millicent Garrett nació en el seno de una familia de un alto nivel de vida, y, como sus antecesoras, fue una autodidacta de la economía política. Su padre regentaba una próspera empresa dedicada al comercio de granos y al transporte marítimo en Alderburgh, Inglaterra. En 1867, a la edad de 19 años, Millicent Garrett se casó con Henry Fawcett⁵, diputado liberal independiente y catedrático de economía política en la universidad de Cambridge. Henry Fawcett era ciego, y Millicent Garrett se convirtió durante los 17 años que duró su matrimonio, como ella misma contaba en sus memorias, *What I Remember* (Garrett Fawcett, 1924), «en los ojos y manos» de su marido. Le acompañaba al parlamento y asistía a algunos debates desde la tribuna de los invitados. Así fue como Millicent Garrett Fawcett presenció, en 1867, el primer debate del Parlamento británico sobre el sufragio universal, con la intervención de John Stuart Mill en la tribuna. En su discurso demandaba que en el nuevo proyecto de ley se sustituyera la palabra hombre por la de persona (Garrett Fawcett, 1924, páginas 64-66).

Garrett Fawcett publicó tres obras de economía: *Economía política para principiantes* (1870), *Political Economy for Beginners, Ensayos y Lecciones sobre cuestiones políticas y sociales* (1872), *Essays And Lectures on Social and Political Subjects* y *Relatos de economía política* (1874), *Tales in Political Economy*.

El primer libro, *Economía política para principiantes*, estaba compuesto por cuatro secciones encade-

⁴ Tribu aborigen del África Meridional.

⁵ Para la vida y obra de HENRY FAWCETT (1833-1884) véanse STEPHEN, LESLIE (1885).

nadas que organizaban los contenidos generales del libro, articulándose el análisis del modelo capitalista sucesivamente. La primera sección versaba sobre la organización de la producción. La segunda analizaba los intercambios del mercado. La tercera profundizaba en la distribución de los productos terminados, con la especificación de los precios de los factores: tierra, trabajo y capital. Además, incluía un capítulo dedicado a los sindicatos y a las huelgas. Y acababa con la sección cuarta, en la que se examinaba el comercio internacional, el crédito y los impuestos. El conjunto de la obra era un estudio completo de las leyes que promueven la producción de un país, mostrándose la senda adecuada para favorecer el crecimiento económico continuado.

Su segundo libro fue una colección de artículos y ensayos que ella firmó conjuntamente con su marido, *Ensayos y lecciones sobre cuestiones políticas y sociales*. Presentaba una colección de 14 estudios de los cuales ella era la autora de ocho. En ellos dejaba patente sus capacidades analíticas. En el segundo ensayo, en forma de carta y publicado previamente en el *Times* de Londres en diciembre de 1870, discurría Garret Fawcett sobre los aspectos económicos de la gratuidad de la enseñanza pública. En general, era contraria a aceptar los servicios públicos gratuitos, porque consideraba que, en realidad, no resultarían tales, sino que supondría un aumento en la carga fiscal local, obligando precisamente a los más pobres a pagar más impuestos en beneficio de los más ricos. En otro de sus ensayos analizaba las interacciones entre la deuda nacional y la prosperidad nacional, porque Garrett Fawcett atacaba al endeudamiento de los gobiernos y el abuso que hacían de la venta de títulos de deuda como medio de financiación. Para argumentarlo, utilizaba la tesis ricardiana de que cualquier endeudamiento público, a largo plazo, empeñaba injustamente a las futuras generaciones. Además, alertaba del riesgo que podía suponer dicha práctica para el sector privado, al desplazar el capital privado hacia el sector público (Reeder, 2007, páginas 44 y 45).

El tercer libro, *Relatos de economía política*, seguía la forma novelada de Martineau, a la que hacía referencia en el prólogo del libro. Para amenizar a sus lectores con los relatos económicos, utilizaba la figura de un viejo marinero, el capitán Adam, que personalizaba cuatro historias de aventuras que servían de soporte literario a las explicaciones esclarecedoras de la organización productiva de diferentes regiones geográficas.

En 1875 publicó una novela titulada *Jane Doncaster*. En esta obra se presentaban los problemas de dependencia económica de las mujeres y sus dificultades para salir adelante sin apoyos familiares. La narración mostraba cómo la protagonista del libro había sido embaucada, por su propia madre, para aceptar una «buena» proposición matrimonial. Casualmente, el compromiso aliviaba la economía de toda la familia, y por desgracia para Jane Doncaster, el matrimonio resultaba ser un fiasco para ella. Su escasa formación intelectual la alejaba de una posible actividad profesional. Estaba condenada a su dependencia económica junto a un marido violento y borracho (Polkinghorn y Lampen, 1996, página 36). La moraleja que se desprendía de la novela era evidente: el planteamiento de la emancipación económica de las mujeres, complementaria a su vida familiar (Gallego, 2005, página 16).

En 1917 publicó un artículo titulado, «El lugar de las mujeres en la vida económica» (*The Position of Women in Economic Life*). En dicha obra se resaltaba la actuación de las mujeres durante los años de la Gran Guerra, en los que habían demostrado ser dignas sustitutas de los hombres ausentes en el frente, en casi todas las tareas productivas de la economía. Con esta experiencia histórica se había «destrozado la ficción de que las mujeres eran incapaces del trabajo cualificado». Fallaba la teoría de que los salarios de las mujeres eran bajos porque eran un mero complemento al salario familiar principal, el del marido. Y Garrett Fawcett apremiaba a los sindicatos a organizar y promover las reivindicaciones de las mujeres en el mercado de trabajo (Garrett Fawcett, 1918a, página 4).

Los horizontes profesionales de Millicent Garrett cambiaron alrededor de los años noventa del Siglo XIX, dedicándose plenamente a partir de ese momento a pelear por los derechos de las mujeres. Para ella era primordial conseguir el sufragio universal en Gran Bretaña, el acceso a la educación y al trabajo de las mujeres, la revisión de los derechos sobre la propiedad, la igualdad frente al matrimonio y el derecho al divorcio. Entre los años 1907 y 1919 fue presidenta de la Unión Nacional de Sociedades para el Sufragio de las Mujeres (Dimand, Dimand y Forget, 2000, página 156).

6. Harriet Taylor Mill y su obra, 1807-1858

Harriet Hardy nació en Londres en 1807. Se casó a los 18 años con John Taylor, 11 años mayor que ella. Tuvo tres hijos: Herbert, Algernon y Helen. Los Taylor pertenecían a la iglesia unitaria y simpatizaban con las propuestas de los políticos *radicales* británicos, entre los que se encontraba John Stuart Mill. No hay mucha información sobre la vida de Harriet Taylor, si se exceptúa la que aportó Mill, su segundo marido, en su *Autobiografía* de 1873.

Taylor y Mill se casaron en 1851, dos años después del fallecimiento de John Taylor. Lamentablemente, la salud de la nueva pareja era endeble porque ambos padecieron accesos tuberculosos durante largos años, antes y después del matrimonio, lo que les hizo buscar con frecuencia lugares de clima benigno en Francia e Italia, y eso fue lo que hicieron en 1852, cuando se trasladaron a pasar el verano a Francia. En otoño de ese mismo año se desplazaron a su residencia de Blackheath Park, en las afueras de Londres (Rossi, 1970, página 69). Se lamentaba Mill en su *Autobiografía* cómo aquella maravillosa época sólo le había durado siete años y medio de su vida.

Las ideas de Harriet Taylor se pueden recuperar por tres vías: mediante la *Autobiografía* de John Stuart Mill, en la correspondencia que mantuvo Taylor a lo largo de su vida, y por tres breves ensayos que han sido reeditados y que fueron escritos en 1831, 1832 y 1851. Parte

de la correspondencia y los dos primeros trabajos se incluyeron en el libro de Hayek de 1951, titulado *John Stuart Mill and Harriet Taylor. The friendship and subsequent marriage*. El primer escrito de Taylor versaba sobre el matrimonio y el divorcio. El segundo, encabezado bajo la denominación de *Un ensayo temprano*, trataba sobre las opresiones derivadas de las tradiciones y costumbres sociales. Consideraba Taylor que las opiniones dominantes obstaculizaban las manifestaciones de independencia, al margen de la moral dominante. Y la escapatoria estaba en saber permanecer fuertes para conocer el placer de la autosuficiencia, porque cada persona podía gobernar su vida guiada por su propia luz (Taylor, 1832, página 276).

El tercer ensayo, titulado *La liberación de las mujeres*, fue publicado originalmente en la *Wenstminster Review*, y recuperado por Alice S. Rossi, en 1970. En dicha obra se analizaba la inconsistencia racional de presuponer la conveniencia de instituciones y de prácticas sociales por la simple rutina de ser habituales cuando, de hecho, su permanencia podía atribuirse a otras causas, como históricamente había ocurrido con la sumisión de unas personas sobre otras derivada de la fuerza física. No era aceptable un prejuicio ratificado en sí mismo con frases que apelaban a sentimientos preexistentes, y así ocurría en el caso del sometimiento de las mujeres, a las que se las emplazaba en el entorno familiar, condenándolas a la vida privada y doméstica. No era admisible que una parte de la especie humana pudiera decidir sobre la otra, sino que la esfera propia de todos debía desarrollarse con una total libertad de elección (Taylor, 2005, páginas 94-96).

En 1823 John Stuart Mill, junto a un grupo de jóvenes *radicales*, habían creado la Sociedad Utilitaria. Los objetivos que se habían marcado eran participar activamente en la política y en la formación de la opinión pública, con la finalidad de favorecer la reforma parlamentaria de Inglaterra. Para Mill, el pensamiento utilitarista de Jeremy Bentham (1748-1832) había emprendido una nueva era en el desarrollo de la civilización, amparándose el principio de la felicidad en la moralidad de las acciones y en sus consecuencias (Mill, 1986, página 84).

Los principios utilitarios también impregnaban el pensamiento de Taylor. En su deseo de alcanzar la igualdad de derechos con los hombres y libertad para tomar sus propias decisiones, sin la tutela masculina, se sentía capaz de disfrutar de una vida más plena y satisfecha que la que le imponía su entorno político y social. Deseaba alcanzar, con el disfrute de sus libertades, de una mayor felicidad personal. Las mujeres, como cualquier ser humano, podían valorar sus propios sentimientos y, como cualquier otro individuo de su época histórica, merecían decidir sobre sus vidas (Pujol, 1995, página 85).

Taylor, como decía Mill, tenía la cualidad de adelantarse a los tiempos en los que vivía. Fue una de las primeras mujeres en la historia en plantear a sus contemporáneos la exigencia de la igualdad ciudadana, sin distinción de sexos. Su actitud dejó una huella tan profunda en el pensamiento de John S. Mill, que durante el período en el que fue diputado, ya fallecida Harriet Taylor, solicitó el voto para las mujeres en el Parlamento en el año 1867. Su solicitud fue rechazada en la Cámara de los Comunes con 196 votos en contra y 73 votos favorables.

La parte directa de la obra de Taylor relacionada con las leyes de la economía política se encontraba en el ensayo de *La liberación de las mujeres*. Principalmente razonaba en terminología económica para analizar los ajustes derivados de la entrada de las mujeres al mercado de trabajo. El consiguiente incremento de la oferta provocaría bajadas salariales en determinadas profesiones, y favorecería la calidad en el empleo contratado, como consecuencia de la competencia laboral. La producción, las mujeres, los hombres y la economía familiar saldrían beneficiados con ello (Gallego, 2007, páginas 76 y 77).

7. Conclusiones

Las primeras autoras de textos económicos tuvieron un considerable éxito editorial, como puede comprobarse por el volumen de las ventas de sus libros. Realmente sorprende la holgura de las ediciones y la sucesión de

las mismas. Los laureles de tan glorioso cometido hay que atribuírselo a las propias autoras de los ejemplares copiosamente demandados. Es destacable, por tanto, el tino de la estrategia literaria que desplegaron. Una estrategia que fue muy original, puesto que estuvo encaminada a captar el interés del público inexperto en lides económicas y completamente ajeno a la formación universitaria, pero deseoso de conocer y entender lo que estaba ocurriendo en una etapa del desarrollo económico explosiva como lo fue el Siglo XIX, en el que todas las clases productivas estaban fortaleciendo el proceso de desarrollo económico ensamblando sus fructuosos esfuerzos.

Las mujeres se incorporaron pronto al acervo de los teóricos de la economía. La primera de ellas fue Jane Marcet, con una obra publicada en 1816, *Conversaciones de economía política*. Le siguió Harriet Martineau, con su colección de 25 novelas de economía política, recogidas bajo la denominación de *Ilustraciones de economía política*, y editadas entre 1832 y 1834. A continuación fue Millicent Garrett Fawcett, ya en la década de 1870, la que se incorporó al repertorio de autoras de textos económicos. En su caso con el primer manual de economía política escrito por una mujer, titulado *Economía política para principiantes*. Estas autoras merecen el calificativo de economistas clásicas, por la erudición de sus obras y por la labor pedagógica que desarrollaron entre la población británica.

Es diferente la consideración que hay que hacer del pensamiento de Harriet Taylor Mill, porque dejó muy poca obra escrita y porque sus disquisiciones versaban fundamentalmente sobre la igualdad de derechos y oportunidades para las mujeres. Ciertamente, en sus textos aparecían argumentaciones de contenido económico, como era el caso de las disquisiciones que hacía sobre la oferta de trabajo ampliada con la incorporación de las mujeres a la vida profesional activa, y el ajuste salarial correspondiente a la ampliación de la oferta laboral.

Marcet escribió una serie de volúmenes muy populares entre los británicos. El éxito de sus publicaciones

traspasaron fronteras y se extendieron a otros mercados: el americano, el francés y el alemán. Con sus libros consiguió difundir los principios básicos de la economía entre la clase media, las mujeres, los jóvenes y los trabajadores. Logró favorecer la aproximación de la población a una ciencia joven como era la economía política, con el objetivo de aminorar las inevitables tensiones derivadas del conflicto de intereses entre los terratenientes y los agricultores, y entre los empresarios y los obreros industriales. Participó en el avance de la posición de las mujeres de manera directa, al entrar ella misma en el grupo de pensadores que escribieron sobre los fundamentos teóricos de las ciencias, del que formaban parte un club exclusivo de intelectuales en el que no había mujeres antes de su llegada. No fue casual que tanto la educadora de sus libros como las atentas discípulas fueran mujeres.

Las novelas económicas de Harriet Martineau fueron muchas y muy conocidas. Si la economía política era una ciencia joven en el Siglo XIX, y desconocida para la población en general, con sus novelas divertía a la gente mientras les hacía recapacitar sobre la importancia que tenía, para todos, armonizar los intereses entre los propietarios y los trabajadores. El éxito editorial de las 25 novelas redundó en beneficio de la economía política como disciplina científica, porque con estos libros salió del ámbito académico para popularizarse entre la ciudadanía. En el año 1836 se tradujeron al castellano tres de sus novelas: *La colonia aislada*, *Ela de Garveloch*, y *Un mar encantado*.

Millicent Garret Fawcett fue una estudiosa de las leyes de la economía política. Su libro más exitoso fue *Economía política para principiantes*. Esta obra tenía una estructura de texto moderno. Con una metodología que avanzaba desde el modelo cerrado, que estudiaba los mecanismos productivos de un país, hasta el modelo abierto y más complejo, con el consiguiente análisis de las relaciones exteriores entre varios países. El manual llegó a reimprimirse hasta 1946 y había sido traducido a cuatro idiomas. A su faceta de economista hay que sumar su destacada labor política como sufragista británica.

Harriet Taylor Mill fue una mujer rompedora en su comportamiento personal con la ortodoxia económica y social del Siglo XIX. Para ella la educación era la cuestión principal que asentaba las bases del desarrollo personal. En el caso de las mujeres era la salvación para poder traspasar las fronteras de la vida familiar y dirigirlas hacia nuevas perspectivas que, hasta entonces, estaban bajo el dominio masculino. En el pensamiento de Taylor se rechazaban las costumbres de una aristocracia dominante que dirigía la sociedad de su tiempo y de la que quería separarse. Consideraba que no existían verdades absolutas y, por eso, las mentes honestas incluían la tolerancia hacia las nuevas ideas y las nuevas costumbres como base del conocimiento en evolución.

Referencias bibliográficas

- [1] CIPOLLA, C. M. (ed.) (1983): *Historia económica de Europa (3), La Revolución Industrial*, Barcelona, Ariel.
- [2] CLOUGH S. B. y RAPP, R. T. (1979): *Historia económica de Europa. El desarrollo económico de la civilización occidental*, Barcelona, Omega.
- [3] DIMAND, R. W.; DIMAND, M. A. y FORGET, E. L. (2000): *A Biographical Dictionary of Women Economists*, Cheltenham, U.K. y Northampton, MA, USA, Edward Elgar.
- [4] DIMAND, R. y NYLAND, C. (2003): *Status of Women in Classical Economic Thought*, Cheltenham UK y Northampton MA, USA, Edward Elgar.
- [5] FORGET, E. L. (2003): «John Stuart Mill, Harriet Taylor and French Social Theory», en DIMAND, R. y NYLAND, C. (ed.), *The Status of Women in Classical Economic Thought*, Cheltenham, UK y Northampton, MA, USA, Edward Elgar.
- [6] GALLEGO ABAROA, E. (2005): *Mujeres economistas 1816-1898*, Madrid, Delta Publicaciones.
- [7] GALLEGO ABAROA, E. (2006): «Harriet Martineau y la novela económica» en PERDICES, L. y SANTOS, M., *Economía y Literatura*, Madrid, Ecobook.
- [8] GARRETT FAWCETT, M. (1870): *Political Economy for Beginners*, London, Macmillan.
- [9] GARRETT FAWCETT, M. (1874): *Tales in Political Economy*, London, Macmillan.
- [10] GARRETT FAWCETT, M. (1892): «Mr Sidney Webb's Article on Women's Wages», *Economic Journal*, Volumen 5, número 2, páginas 173-176.
- [11] GARRETT FAWCETT, M. (1917): «The Position of Women in Economic Life», en HARBUTT DAWSON, W., *After-War Problems*, London, Allen & Unwin.

- [12] GARRETT FAWCETT, M. (1918a): «Equal Pay for Equal Work», *Economic Journal*, Volumen 109, número 28, páginas 1-6.
- [13] GARRETT FAWCETT, M. (1918b): «Equal Pay for Equal Value», *Contemporary Review*, número 114, páginas 387-390.
- [14] GARRETT FAWCETT, M. (1924): *What I Remember*, London, Fisher Unwin.
- [15] GARRETT FAWCETT, M. y FAWCETT, H. (1872): *Essays and Lectures on Social and Political Subjects*, London, Macmillan.
- [16] GAYLE G. Y. (1985): *Harriet Martineau on Women*, Rutgers University Press, New Jersey.
- [17] HAYEK, F. A. (1951): *John Stuart Mill and Harriet Taylor. The Friendship and Subsequent Marriage*, Londres, Routledge.
- [18] MARCET, J. (1816): *Conversations on Political Economy*, Londres, Longman.
- [19] MARCET, J. (1833): *Conversations on Chemistry in which Elements of that Science are Familiarly Explained*, Hartford, Cook and Co.
- [20] MARCET, J. (1833): *John Hopkins's Notion on Political Economy*, Boston, Allen and Ticknor.
- [21] MARTINEAU, H. (1833): *Ela of Garveloch*, Charles Fox, Londres, traducida al castellano (1836), con el título de *Ela Garveloch*, D.J.F.P., Madrid, Imprenta de D. Tomás Jordán.
- [22] MARTINEAU, H. (1833): *Hill and the Valley*, Londres (tercera edición) Charles Fox.
- [23] MARTINEAU, H. (1833): *Life in the Wilds*, Charles Fox, tercera edición, Londres, traducida al castellano (1836), con el título de *La colonia aislada*, D.J.F.P., Madrid, Imprenta de D. Tomás Jordán.
- [24] MARTINEAU, H. (1836): *Novelas de Miss Martineau sobre Economía Política*, traducidas al castellano por D.J.F.P., Madrid, Imprenta de Tomás Jordán.
- [25] MARTINEAU, H. (1838): *How to Observe. Morals and Manners*, Charles Knigh, Londres.
- [26] MARTINEAU, H. (1877): *Harriet Martineau's Autobiography. With Memorials by Maria Weston Chapman*, Londres, J.R. Osgood and Company.
- [27] MARTINEAU, H. (2001): *Illustrations of Political Economy, Taxation, Poor Laws and Paupers*, Introducción de Caroline Franklin, Bristol, Thoemmes Press.
- [28] MILL, J. S. (1831): «El matrimonio y el divorcio», en HAYEK, F. A. (1951): *John Stuart Mill and Harriet Taylor. The friendship and subsequent marriage*, Londres, Routledge.
- [29] MILL, J. S. (1869): «El sometimiento de las mujeres», en STUART MILL, J. y TAYLOR MILL, H. (2000): *Ensayos sobre la igualdad de los sexos*, con un prólogo de Victoria Camps y un apéndice de Emilia Pardo Bazán, Madrid, Mínimo Tránsito.
- [30] MILL, J. S. (1986): *Autobiografía*, Madrid, Alianza.
- [31] MILL, J. S. (1996): *Principios de economía política*, edición de 1873, México, Fondo de Cultura Económica.
- [32] OAKLEY, A. (1983): «Millicent Garrett Fawcett: Duty and Determination», en D. SPENCE, *Feminist Theorists*, London, Routledge.
- [33] O'BRIEN, D. P. (1989): *Los economistas clásicos*, Madrid, Alianza.
- [34] OFFEN, K. (2007): «La aventura del sufragio femenino en el mundo», en *Historia de una conquista: Clara Campoamor y el voto femenino*, Dirección General de Igualdad de Oportunidades, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, CSP.
- [35] PERDICES DE BLAS, L. y GALLEGO ABAROA, E. (2007), *Mujeres economistas*, Madrid, Ecobook.
- [36] POLKINGHORN, B. (1996): «Jane Marcet and Harriet Martineau: Motive, Market Experience and Reception of their Works Popularizing Classical Political Economy», en *Women of Value. Feminist Essays on the History of Women in Economics*, Aldershot UK y Brookfield US, Edward Elgar.
- [37] POLKINGORN, B. y LAMPEN, T. D. (1999): *Adam Smith's Daughters*, Cheltenham UK y Northampton MA, USA, Edward Elgar.
- [38] PUJOL, M. (1992): *Feminism and Anti-Feminism in Early Economic Thought*, Aldershot UK, Edward Elgar.
- [39] PUJOL, M. (1996): «The Feminist Economic Thought of Harriet Taylor (1807-58)», en DIMAND, R.; DIMAND, M. y FORGET, E. L., *Women of Value, Feminist Essays on the History of Women Economics*, Aldershot UK y Brookfield US, Edward Elgar.
- [40] RATHBONE, E. (1917): «The Remuneration of Women's Services», *Economic Journal*, Volumen 105, número 27, páginas 55-68.
- [41] ROSSI, A. S. (ed.) (1970): «Introduction», J. S. Mill and Harriet Taylor Mill, *Essays on Sex Equality*, Chicago University Chicago Press.
- [42] RUBINSTEIN, D. (1991): *A Different World for Women: The Life of Millicent Garrett Fawcett*, Columbus, Ohio University Press.
- [43] RUTHERFORD, D. (2004): *Dictionary of British Economists*, Thoemmes Press, Londres.
- [44] SCHWARTZ GIRÓN, P. (1968), *La «nueva economía política» de John Stuart Mill*, Madrid, Tecnos.
- [45] SCHUMPETER, J. (1994): *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel.
- [46] STRACHEY, R. (1931): *Millicent Garrett Fawcett*, London, John Murray.
- [47] STUART MILL, J. y TAYLOR MILL, H. (2001): *Ensayos sobre la igualdad sexual*, con una introducción de Neus Campillo, Instituto de la Mujer, Madrid, Cátedra.
- [48] TAYLOR, H. (1831): «El matrimonio y el divorcio», en HAYEK, F. A. (1951): *John Stuart Mill and Harriet Taylor. The friendship and subsequent marriage*, Routledge, Londres. Hay traducción al castellano en J. STUART MILL y H. TAYLOR, *Ensayos sobre la igualdad de los sexos*, con un prólogo de Victoria Camps y un apéndice de Emilia Pardo Ba-

zán (2000), Mínimo Tránsito, Madrid, y en J. STUART MILL y H. TAYLOR MILL (2001), *Ensayos sobre la igualdad sexual*, con una introducción de Neus Campillo, Instituto de la Mujer, Madrid, Cátedra.

[49] TAYLOR, H. (1832): «Un ensayo temprano», en HAYEK, F. A. (1951): *John Stuart Mill and Harriet Taylor. The friendship and subsequent marriage*, Londres, Routledge.

[50] TAYLOR, H. (1851): «La liberación de las mujeres», en GALLEGO ABAROA, E. (2005): *Mujeres economistas 1816-1898*, Madrid, Delta.

[51] TAYLOR, H. (2000): *Ensayos sobre la igualdad de los sexos*, con un prólogo de Victoria Camps y un apéndice de Emilia Pardo Bazán, Madrid, Mínimo Tránsito.

[52] THOMSON, D. L. (1973): *Adam Smith Daughters*, Jericho, Exposition Press.

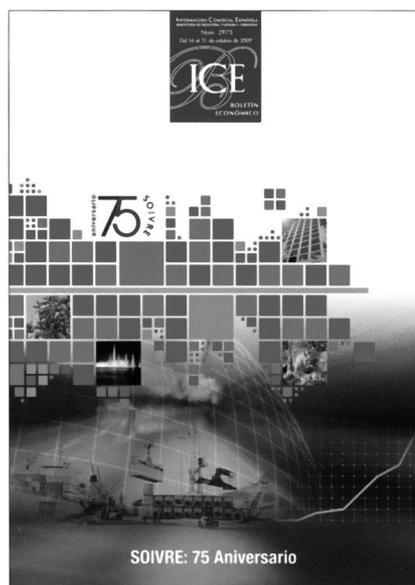
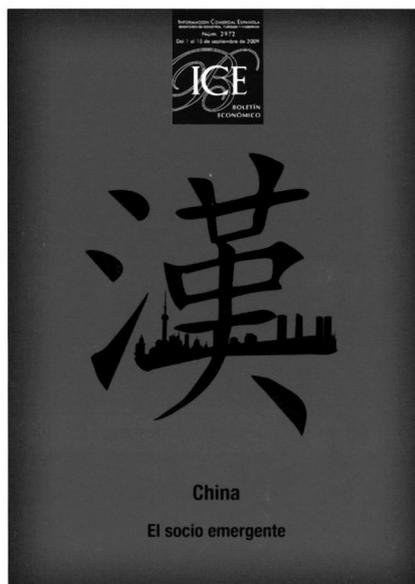
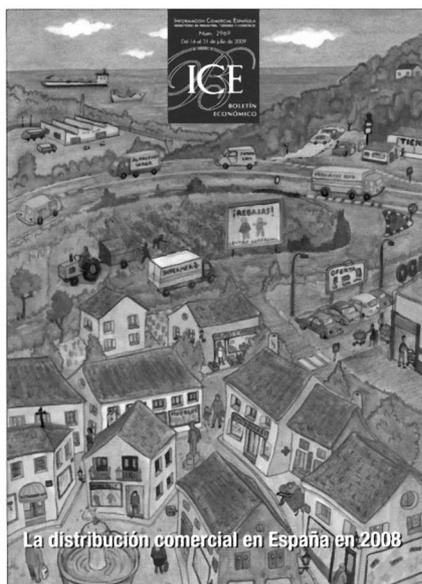
[53] TODD, B. (2002): *Harriet Martineau at Ambleside, with «A Year at Ambleside by Harriet Martineau»*, Carlisle, Bookcase.

[54] WEATHLEY, V. (1957): *The Life and Work of Harriet Martineau*, Secker y Warburg, Londres.

[55] WEBB, S. (1891): «Alleged Differences in Wages Paid to Women and Men for Similar Work», *Economic Journal*, Volumen 4, número 1, páginas 639-658.

[56] WINCH, D. (1983): «La aparición de la economía como ciencia», en CIPOLLA, M. (ed.), *Historia económica de Europa (3). La Revolución industrial*, Barcelona, Ariel.

ÚLTIMOS MONOGRÁFICOS PUBLICADOS



Información:
Ministerio de Industria, Turismo y Comercio
Paseo de la Castellana, 162-Vestíbulo
28071 Madrid
Teléf. 91 349 36 47